

cos que repercuten en la economía y política de censura de los medios informativos, la tendencia del periodismo continuará en adherirse a la certeza de la verdad.

Así, el libro, como los periódicos y revistas, requieren de lectores críticos que reflexionen y comenten el contenido de cada uno de ellos para que el periodismo aumente su calidad y, a su vez, de forma paralela, la opinión pública al momento de retroalimentarse con los lectores. El libro también revela la importancia de

la Universidad Iberoamericana y la Universidad Nacional Autónoma de México como instituciones que han formado a excelentes periodistas, porque una de las actividades entre los entrevistados ha sido dar clases a futuros periodistas. El proceso de aprendizaje es muy atractivo cuando los reporteros mencionan que el conocimiento se transmitió de los talleres de imprenta a las aulas, de tal suerte que comentan su relación con maestros de la talla de Rodrigo de Llano, Regino Her-

nández Llergo, José Pargés Llergo, Martín Luis Guzmán, Enrique Ramírez y Ramírez, Gilberto Figueroa, Carlos Denegri, Manuel Becerra Acosta padre e hijo, Julio Scherer y Manuel Buendía. Por ahora este libro parece ser una invitación a leer de manera crítica los periódicos, de ahí el gran valor de su lectura como obra profunda y de alcances inusuales en la historia reciente de México, recreada de manera muy atrayente y puntual por la historiadora Ana María Serna.

Formar, gozar y sufrir la urbe

Rosa Casanova*

Carmen Tostado Gutiérrez *et al.*, *En obra. La Ciudad de México a través del acervo del Museo Archivo de la Fotografía*, México, Gato Negro Ediciones, 2016, 247 pp.

En obra. *La Ciudad de México a través del acervo del Museo Archivo*

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

de la Fotografía (MAF) es un libro inteligente que explota las fortalezas del archivo que resguarda esa institución y provee de herramientas para entender la gran urbe que gozamos y padecemos cotidianamente. Una “ciudad permanentemente en obra”; no podría ser de otra manera, dada su dinámica de crecimiento.

Primer punto: las fotografías que se presentan en el libro nos ofrecen miradas insólitas, escenas, prácticas y espacios que cree-

mos conocer, pero que adquieren tintes diferentes en el contexto de la narrativa que propone el libro y desde el contexto del MAF. No es poca cosa cuando se trata precisamente de una publicación que da cuenta del trabajo realizado en los diez años que cumplió el archivo, que heredó la memoria visual de la capital construida a través de las instancias de gobierno que la han regido.

En su texto introductorio, Eduardo Vázquez Martín plantea la idea

de memoria de la ciudad que luego matiza en cuanto memoria en imagen de los proyectos de gobierno que han modificado la urbe, así como de sus realidades. Y nos sitúa. Alrededor de 2 millones de imágenes provenientes de la Dirección General de Comunicación Social (que dependía del regente y que, por tanto, dan cuenta de las labores de planificación y administración pública), del Gobierno del Distrito Federal, del Archivo Histórico de la Ciudad de México, del Museo de la Ciudad y del Fideicomiso Centro Histórico. Un conjunto que da por resultado una visión con múltiples facetas, diferente de lo que se podría pensar de un archivo oficial. El valor testimonial reside en ese pendular entre los propósitos y planeaciones y la realidad resultante a partir de una lectura crítica e interesada de las fotografías. Entre el repetitivo registro de obras públicas y la representación de espacios y actos simbólicos, de las costumbres y prácticas sociales, que adquieren cuerpo sobre todo en los rostros anónimos de los ciudadanos que actúan, proponen, viven, sufren y, ¿por qué no?, gozan las acciones de las autoridades.

Carmen Tostado Gutiérrez configura una historia de la ciudad del siglo XX que resume en cuatro etapas. De una ciudad cuya extensión apenas cubría parte de lo que hoy es la Delegación Cuauhtémoc a una urbe que contempla 16 delegaciones y casi 60 municipios del Estado de México y uno de Hidalgo, lo cual significa casi 22 millones de habitantes. Un monstruo que difícilmente se llega a conocer en su totalidad. En pocas páginas

la autora construye un panorama de su despliegue urbanístico, proporcionando datos de las políticas de Estado, sobre todo en los años cuando era difícil distinguir entre las políticas nacionales y las de la capital; algo que las nuevas generaciones pueden olvidar, pero que resulta fundamental recordar para mirar de nuevo a la ciudad y —quizá— comprender algunas de sus dinámicas. Una interpretación desde la situación de la Ciudad de México actual, en que podemos identificar carencias, aciertos y errores para repensarla. Y lo sustenta en los temas y posibilidades del acervo.

Con el título “Estamos en obra. Disculpe las molestias”, Tostado establece el tono crítico pero que brinda espacio al humor, a la diversión y al asombro, que son parte de la vida en esta ciudad. Proporciona algunas coordenadas: como un archivo joven —de sólo diez años— ha sido poco explorado y explotado. La foto más antigua del acervo data de 1903 y la de más reciente ingreso es de 2006. Por otra parte, se han identificado 20 fotógrafos que trabajaron en el Departamento del Distrito Federal; quizá el libro puede ser una invitación a que ellos o sus descendientes se acerquen al MAF y proporcionen datos que enriquezcan la historia de estas imágenes. Por otra parte, habría que valorar el hecho de que como las imágenes provienen del registro sistemático para acompañar reportes y boletines de prensa, se considera una suerte de autorretrato del Estado.

En “Cimientos (1929-1940)” constatamos el cambio de régimen de la ciudad que en 1929 se con-

vierte en una regencia, controlada directamente por el presidente y que suspende por décadas los derechos de los habitantes. El utópico plan regulador de 1935-1985 del arquitecto Carlos Contreras, casi entenece en sus predicciones (dos millones de habitantes en 1985); su proyecto de un crecimiento ordenado y equitativo que, entre otras cosas, dio lugar a la construcción de unidades habitacionales para trabajadores (unidad en Balbuena, 1932) rápidamente se ve sobrepasado por la realidad. En “El desarrollismo y el milagro mexicano (1941-1967)” se establecen algunos hitos como la construcción del puente de Nozalco, en 1940, la centralidad del abastecimiento del agua, manifiesta con proyectos como el desvío del río Lerma, que confirman la fe en el crecimiento económico de la ciudad-país. Emerge la figura del “regente de hierro”, Ernesto P. Uru-churtu (1952-1966), que por más de una década persiguió la modernización, la higiene, la seguridad y la moral de la capital.

Tostado nos proporciona datos fundamentales. Cito un ejemplo: en 1958 se removieron fuentes y jardines del zócalo con el fin de alentar las manifestaciones de las corporaciones del Estado que así podían desplegar su apoyo incondicional al presidente; pocos años después se convertiría en el espacio por excelencia de la disidencia, más bien: de las disidencias. “La ciudad monstruo (1968-1985)” concentra las oficinas del Estado, la mayor planta productiva y la actividad comercial, además de los servicios más eficientes en salud y educación; cuenta ya con nueve

millones de habitantes, 250 000 migrantes al año y 50% de población menor de edad. Se desatan los problemas de todos los servicios, de contaminación, de viviendas a los que se contraponen los centros comerciales (en 1969 Plaza Universidad, por ejemplo) y los supermercados; en fin, el rosario que bien conocemos y que ha llevado a una mayor polarización social. El traslado masivo se enfrenta cubriendo de asfalto nuevas rutas que propician el uso de automóviles, aunque se implementa el Sistema de Transporte Colectivo Metro. A pesar de las muestras de inconformidad y disidencia social, se aprecia una fe en la modernidad y lo que tal puede reportar en beneficio de la colectividad, hasta el desgarramiento físico de la ciudad con el temblor de 1985.

La “Globalización (1986-1996)” enfrentó el neoliberalismo con los retos planteados por el sismo, como el incumplimiento de los reglamentos de construcción y uso de suelo. Se van privatizando servicios, pero no se puede impedir el crecimiento de la lucha por retomar los derechos ciudadanos de los capitalinos. Crecen entonces las facultades de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal (1987), situación que desembocará en las elecciones locales. Si bien con la declaratoria de Patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO, el Centro Histórico gana un respiro, se siguen destruyendo edificios, aunque se había acrecentado su legado con las excavaciones realizadas en torno al proyecto Templo Mayor con el descubrimiento de Coyolxauhqui (1978), la aterradora hermana

de Huitzilopochtli, refrendado en 2006 con el descubrimiento de la señora de la tierra, Tlaltecuhltli en la Casa de las Ajaracas, que es la sede del MAF, un augurio quizá del beneplácito de los dioses a este espacio para resguardar una parte fundamental de la historia visual de la ciudad. Un sitio privilegiado, cargado de historia: Templo Mayor, siempre en expansión, la Catedral Metropolitana, el Palacio Nacional, el Zócalo; con vista a la sede del Gobierno de la Ciudad de México, al horizonte bajo de la ciudad que algunas veces permite vislumbrar los volcanes. Con ello, regreso a las fotos.

Los avances en la investigación y la catalogación, un proceso a largo plazo, y aseguradas las condiciones de conservación, el archivo se abre a los usuarios de muy diversa procedencia e intereses, desde los especialistas en urbanismo, historia, arquitectura, antropología, arte y una larga lista de etcéteras, al ciudadano de a pie que desea explorar su ciudad o quizá, el pasado de los sitios en que creció. En el libro se pueden encontrar fotos insólitas, por ejemplo, cómo podemos calificar las suertes de la policía motorizada en un albergue para mujeres con problemas de salud mental, en 1975 (p. 12); el coche hundido en una obra vial, en la década de 1930 (p. 81); la oratoria de la mujer en una ceremonia en el panteón de San Fernando delante a un micrófono de la DAPP, en 1983 (p. 110); Octavio Paz leyendo en una ceremonia, en 1959 (p. 168); el Ángel de la Independencia empequeñecido en el sitio donde se resguardó para su restauración tras el sismo de 1958

(p. 9); el reparto de tierras de cultivo en la capital, en la década de 1930 (p. 136); la presencia de la televisión en un albergue, en 1949 (p. 176); el acceso a lavadoras de ropa en un centro de trabajo, en 1949 (p. 176); la vigilancia al movimiento estudiantil por parte de los servicios de inteligencia durante el movimiento de 1968 (p. 182); los astronautas en Chapultepec, en 1974 (p. 211); la avioneta accidentada en el Eje Central, en 1986 (p. 234); el presidente Salinas bajo la lluvia en una ceremonia conmemorativa del temblor, en 1991 (p. 245). Otras nos recuerdan imágenes antiguas o de otros autores: los ambulantes en la calle de Moneda en medio de las obras de drenaje, en 1981 (p. 242); la venta de pollos, de fecha desconocida (p. 196), que remite a una serie de Nacho López, o el interior del camión que utilizaba la Orquesta Típica de la Ciudad de México en 1940 (p. 109), que evoca alguna foto de Casasola.

Otras imágenes conducen a las prácticas sociales y costumbres de los habitantes de la capital, algunas de las cuales se han perdido, están en vías de extinción o han mudado de apariencia: los desfiles deportivos con motivo de la conmemoración de la Revolución, donde se aprecian composiciones espléndidas o se exhiben cuerpos masculinos, el inicio de las celebraciones futboleras en el zócalo, hoy desplazadas al “Ángel”, bailables en centros sociales, ceremonias tradicionales de los pueblos rurales aledaños a la urbe, las marchas y manifestaciones en favor y en contra del gobierno, los mercados (tanto en obra como en su vida diaria), la vida nocturna

que por años fue reprimida, la llegada del servicio de agua potable a las colonias o la entrega del líquido, el control del tráfico, el cruce de los peatones.

Una lista interminable que se alarga a las obras públicas: como las de la cuenca del río Lerma, cuyas dimensiones físicas se podrían medir con las obras del drenaje profundo; el monumento conmemorativo para el proyecto de casas para trabajadores en Balbuena o el interior de una casa en el proyecto de La Vaquita; la limpieza y majestuosidad de un paso a desnivel en 1952, en cuyo horizonte aún podemos observar el paisaje circundante.

Y encontramos tantos rostros: los de los ciudadanos de las ocupaciones de terrenos y los desalojos, de los funcionarios que entregan obras y de los que reciben obsequios, los de los pepenadores en

1938 o los rostros de niños después del temblor de 1985.

Se puede argumentar que la mayoría no son fotos de gran calidad; no es esa su función, aunque en muchas se aprecia el oficio de los fotógrafos, que muestran también conocimiento del trabajo que realizaban autores como Héctor García y Nacho López, por citar a dos de los más conocidos; sus imágenes reflejan encuadres o preocupaciones visuales. No se trata entonces de reproducir o alargar el planteamiento del mítico número de *Artes de México* sobre la ciudad (*La Ciudad de México III*, de 1964), que a las fotos de Nacho López aunaba textos de Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Agustín Yáñez, Manuel Larrosa, Rudolf Peyer y del propio fotógrafo; o del reconocido texto de Novo *Nueva grandeza mexicana*, que en 1967

se publicó con fotos de Héctor García. Se trata de las imágenes de un archivo oficial, que da cuenta de las actividades y proyectos del gobierno de la capital, pero que contextualizado y utilizado con rigor e imaginación brinda numerosas pistas para comprender la ciudad.

Para concluir: celebro el trabajo colectivo que ha hecho posible el Museo Archivo de la Fotografía y espero que se pueda continuar el trabajo de acopio de los trabajos de la ciudad que hoy se realizan en formato digital, un medio frágil, evanescente casi, difícil de controlar y resguardar. Estas imágenes nos ayudan a comprender aspectos de la fisonomía de la Ciudad de México, siempre cambiante, y así contribuir a determinar el tipo de ciudad que queremos vivir, tanto en sus políticas urbanas como en la convivencia que éstas generan.